el sol se puso ya, la niebla es mucha,
el paso cierran ásperos breñales,
y larga y melancólica se escucha
la queja de las brisas otoñales.

En vano el bien por conservar se afana,
resistiendo al dolor, el pecho mío:
¡mi alegre juventud, ayer lozana,
se está muriendo de tristeza y frío
Sin calma y sin amores,
sólo alivio hallarán nuestros dolores
cuando de un nuevo sol al tibio rayo,
adorne nuestra tumba con sus flores
benigno el ángel del risueño mayo.

Á TI

CONSUÉLATE, no llores y deja que tu barca
entregue su velamen al soplo de mi amor:
desprecia la calumnia: ¡hasta en la turbia charca
se copia siempre puro y sin mancilla el sol!

¡Oh pobre alma ofendida! tu esfera es otra esfera
en que á las flores nunca deshoja el huracán,
en que hay un soplo eterno de eterna primavera,
en la que no se arrastra la víbora del mal.

Lucero de pureza, no temas que el ocaso
opaque con sus nieblas tu límpido fulgor;
¡oh virgen pura, el cieno que encuentres á tu paso
podrá manchar tu planta, pero tu frente no!

¡Quién sabe qué pesares el porvenir incierto,
para aquejar tu espíritu, traidor esconderá,
palmera á quien combaten turbiones del desierto
porque á tu sombra quise tranquilo reposar!

Mas nada importa, yergue la frente pensadora
y fija tus pupilas en el espacio azul:
¡el Cristo es tan augusto, porque clemencia implora
para la humana gente, clavado en una cruz!

EN EL ÁLBUM DE UNA NIÑA

TIENE dulces halagos, vaga armonía,
el canto de las aves al nuevo día;
pero tiene tu acento dulce y sonoro
el arrullo de besos de los que se aman,
el rumor de las perlas que se derraman
en cofre de oro.

Luce el sol cuando asoma tras la montaña
fulgor que nada extingue, que nada empaña;
pero es tan puro el brillo de esas guedejas
que coronan tu frente de seis abriles,
que al verlas se me antojan hilos sutiles
de miel de abejas.

Tiene de la espadaña que comba el viento
airosas esbelteces el movimiento;
mas tú tienes en cambio, cuando caminas
y tu infantil cintura rítmica mueves,
la ondulación graciosa, las curvas leves
de las ondinas.

Hada de estos lugares que sólo pides
á los campos sus rosas y «no me olvides»,
pura como la nieve que hay en la cumbre,
tú serás en el mundo la flor más bella,
y en el cielo más tarde serás estrella
que eterna alumbre.

Para el álbum de la

SRTA. SARA CHAVERO

POESÍA EN PROSA

OH virgen de talle esbelto como las cañas de Oriente! ¿Por qué abandonaste tu regio palacio, tu hermosa mansión? Dime, acaso la bella durmiente, la que estaba en su lecho de oro, de azul esmaltado, sobre almohadas de plumas de cisne y el cuerpo cubierto de rico tisú... ¿no eres tú?

¿Qué has venido á buscar á estos sitios que habitan los tristes? ¡Oh virgen del talle esbelto como el oriental bambú! Aquí es pobre la harmonía; ¿qué

valen para cantarte, la flauta campestre, la guzla morisca, ni el noble laúd?

Sube á tu carro de nácar que arrastran garzas reales, y vuelve á tu regia y hermosa mansión; allí tienes cantos de ondinas y de hadas; allí, bajo cielos de azules zafiros, se aglomeran formando montañas la verde esmeralda, el ópalo iris y el rojo rubí...
Huye de aquí.

Vuelve al país de los mágicos sueños, y allí, reclinada en tu lecho de oro y azules esmaltes, duerme en tanto que en torno de ti los negros esclavos inflaman esencias, y derraman las blancas esclavas violetas de Parma y lirios de Sion, mientras tímido el hijo de un rey, á tu lado se postra de hinojos y besa tus pies.

ÁNGELUS

Todo era en torno majestad y encanto;
sólo y confuso y místico se oía
ese vago rumor que es como un canto
que entona el mundo al expirar el día.
Y entonces, hacia el sol que en occidente
su luz velaba entre celajes rojos,
ella volvió la pensativa frente,
y en mí clavando su mirada ardiente,
«Te amo mucho»—me dijo con los ojos.

Moduló entre las ramas su querella
la brisa errante al levantar el vuelo,
y blanca flor, la vespertina estrella

abrió su broche en el azul del cielo;
y en tanto que entonaba el campesino
el *Ángelus* con voz solemne y grave,
desde el follaje tétrico de un pino
sus dulces notas de aflautado trino
lanzó á los vientos escondida el ave.

Ella sonrió con lánguida tristeza,
y yo, presa á la vez de audacia y miedo,
incliné sobre su hombro mi cabeza,
besé sus manos y le hablé muy quedo.
Le conté mis afanes y mis cuitas;
cómo á veces mi espíritu cobarde
sollozaba ante dudas infinitas,
y le hablé de unas blancas margaritas
que ella, al decirme adiós, me dió una tarde.

Le referí mis luchas por la gloria:
un amor de mi infancia, y el profundo
dolor de cierta desdichada historia
que duró para mí sólo un segundo.
Le hablé del porvenir de la esperanza,
del bien presente y del dolor perdido,
del placer que una vez sólo se alcanza,
de una azul y risueña lontananza,
de dos aves, de un árbol y de un nido.

Cuando callé, brillando dolorosa
una lágrima estaba en su mejilla,
como en el terso cáliz de una rosa
el llanto puro de la aurora brilla;
quedó inmóvil y muda, como debe
quedar en roca aislada el marinero
que ve el bajel desparecer en breve;
hasta que al fin, con voz remisa y leve,
dijo, la diestra alzando: «¡Allí te espero!»

¡Presentimiento cruel! ¡Atroz suplicio!
Su virgen alma, al porvenir abierta,
me vió de la existencia entre el bullicio
olvidando su amor, y se vió muerta!...
¡Y la olvidé, y murió!... Hoy, cuando el ave
canta al ponerse el sol, con paso tardo
recorro aquellos sitios, y entre el grave
Ángelus del pastor, oigo su suave
acento murmurar: «Ven, que te aguardo».

1893.